

JOSÉ ORTEGA MUNILLA

Es uno de los literatos españoles mejor dotados y la naturaleza. Dueño de un estilo lleno de luz, de imágenes, de color, de vida; y poseyendo en grado muy alto el raro don de imaginar y de componer, es uno de esos hombres que parecen hechos para triunfar en la lucha formidable de la gloria. Su primer novela, en efecto, le colocó entre los espíritus más distinguidos. Y el éxito de sus demás libros no han hecho sino probar que D. Manuel de la Revilla tuvo razón al decirle : « Tú serás Rey ».

LA CUENTA DE LA VIDA

I.

Luisito había muerto sin enfermedad, ó al menos sin que la ciencia diese nombre á aquel modo de morir. Había ido con su padre de paseo al Retiro, había estado cerca del Estanque Grande viendo cómo los patos se zambullían en la sucias aguas, y al regresar á casa cansado y sudoroso, se había quejado de dolor en la nuca. Dos horas después el pobrecito no existía. Sin fiebre, sin dolores violentos, sin angustias ni estertores, aquel robusto muchacho, que acababa de cumplir los seis años, se fué del mundo, dejando en él una cuna llena de juguetes, y cerca de ella un padre y una madre locos de pena. En el estupor que produjo á Rosalia y á Andrés la muerte de su hijo, ni ella encontraba lágrimas con que llorarle ni oraciones con que pedir algo al cielo. Aunque bien es verdad que nada tenía ya que pedir, porque la desgraciada madre lo había perdido todo. En cuanto á Andrés, la desesperación le volvió estúpido é indiferente como si en el ataúd sonrosado y

cubierto de flores, se hubieran llevado con el cadáver gordezuelo y pálido de Luisito la inteligencia y la sensibilidad del padre.

Durante muchos días y muchas noches Andrés no pudo darse cuenta de lo que había sucedido. No comía, no lograba coger el sueño; y en un estado de vigilia llena de horribles pesadillas, vivía una vida anormal y disparatada sin punto alguno de contacto con la realidad.

II.

— ¿Qué es la vida? — pensaba Andrés en uno de aquellos momentos en que deliraba con los ojos abiertos. — ¿Qué es la muerte? ¿Qué ley preside á nuestra llegada al mundo? ¿Qué ley nos saca de él y con qué trámites? En el nacer veo que se cumplen las pragmáticas de la naturaleza. Nos engendra el amor; un beso que se hace carne, eso es un niño. En todas las gerarquías zoológicas se ve cómo va formándose el nuevo ser. El lecho conyugal aderezado por las manos del amor; el nido tejido por el pico y las uñas de la parejitas de aves; la cueva donde las bestezuelas juntan secas ramas para celebrar sus bodas; el sumergido manojó de algas donde el pez juguetea llegada la época de la freza; el rugido de la fiera reclamando desde el alto risco á su hembra, preludian esa gran sinfonía de la vida que se reproduce entre endechas de pasión, besos que estallan en el aire, alaridos de júbilo é impaciencia. Así es

el nacer. Pero, ¿cómo se muere? ¿Qué relación hay entre los lentos y perezosos trámites que anteceden al nacer y el á veces brusco, misterioso y súbito término de la vida? El golpe de pequeña piedra, un pinchazo dado con una delgada aguja, una lesión insignificante, el soplo de una corriente de aire frío, destruyen la máquina que poco antes funcionaba á maravilla. El médico sabe cómo en torno de la primera gota de sangre va creándose lo que luego será hombre. Ignora cómo dentro de lo que es hombre ya, va elaborándose ó bruscamente aparece y triunfa el germen de muerte. Pensando en lo frágil de nuestra naturaleza, parece como que el instinto de conservación huye vencido y resulta ridículo el afán que nos agita por ser más, por llegar más arriba, por reunir tesoros, consideración y fama. De improviso, en un instante, todo va á acabar, y esa causa de destrucción ha de sorprendernos en un momento de alegría ó de tristeza, sin tener en cuenta si es santa y grande la misión que estamos llevando á cabo...

III.

— No seas tonto. No seas ignorante. Esa negra filosofía no vale la pena de ser argumentada y discutida. Escucha y mira, y sabrás lo que hasta ahora has inquirido en vano.

Quien así hablaba, visto entre las nieblas del delirio, parecióle á Andrés gentil figura de mancebo, de carne tan blanca cual el mármol, ó de mármol

tan suave cual la carne, de altiva cabeza, sobre cuyas melenas áureas, empujadas hacia atrás como por el viento, un mechero de luz irradiaba continuo. Así concibió Canova el genio de la mañana, y así le fijó en piedra en el mausoleo de Ganganelli.

— ¿Quieres saber — continuó la aparición — cómo se muere? Pues mira... Ahí tienes el gran tribunal que decide de la duración de los días del hombre. Contempla la celestial sala donde sentados en bancos de oro están los ángeles. Los hay de todas las edades y de todos los aspectos. Unos, diríase que aun andan gustando el dulce licor del seno materno, según son pequeñuelos. Otros, regordetes y graciosos, apenas pueden contener su impaciencia infantil dentro de la disciplina que rige en las dominaciones angélicas. Cuáles llevan sus blancas y larguísimas alas plegadas sobre la espalda; otros tienen en sus hombros menudos y vistosos emelitros de mariposas. Aquéllos, reflexivos y tristes, son donceles que padecen mal de amor, enamorados de la eterna belleza. Estotros, que peinan canas, son los que abajo, en la tierra, llegaron á viejos sin dejar de ser niños, y entre amarguras y persecuciones pasearon á través de la maldad humana su inmaculada inocencia y la purísima doncellez de sus cándidos espíritus... Todos ellos están aquí congregados bajo las órdenes de un arcángel para hacer la liquidación de la vida á cada mortal. En cuanto el arcángel cree llegada la hora de que un hombre pierda la salud, toma del grandísimo montón de pergaminos que hay á su lado la hoja corres-

pondiente. Coger en sus manos el pergamino y ponerse enfermo el hombre á quien se refiere, es cosa simultánea. Al crujido de la vitela desarrugada por los dedos del arcángel, corresponden en el mundo pe recedero: los dolores, las molestias y las tristuras de la enfermedad: el médico que llega con sus drogas, el notario que se presenta con sus papelotes apercebidos para redactar el testamento, la familia que gime anticipadamente la desgracia, los émulos y enemigos que sonríen viendo cercano el punto de su venganza.

— ¿Y ese es el momento de la muerte? — preguntó Andrés.

— No: es el momento de la enfermedad. Observa cómo el arcángel entrega el pergamino á uno de los ángeles, y éste se levanta de su banco y va á colocarse delante de algo parecido al encerado de una escuela. Sólo que aquí ese encerado es una inmensa y luciente tabla de lapislázuli, y que el ángel, en vez de con tiza ó yeso, escribe sus guarismos con un pedazo de estrella que, al rozar la piedra, chorrorea luz... Es que el ángel está ajustando la cuenta del hombre... Y el tiempo que tarda en terminarla, es el que media entre la enfermedad y la muerte... Ve ahí á ese angelillo ignorante que lleva años sin acertar con la suma que se le ha encomendado. El pobre hombre á quien la cuenta pertenece, lleva de padecer lo que el muchachuelo de escribir y borrar números; y es un enfermo crónico á quien sus médicos pasean de balneario en balneario. Ha cambiado cien veces de método curativo. Bebió por litros

los menjurjes de la farmacia; devoró millares de millones de globulillos hamneanianos; se entregó á las prácticas de la devoción pidiendo á todos los santos milagreros el bienestar; enriqueció á los autores de específicos que llenan las últimas planas de los periódicos con sus anuncios. Todo es inútil. En cuanto el angelillo acabe la cuenta, morirá... Mira en cambio como otro ángel apenas ha recibido un pergamino, lo examina, traza un par de números y echa debajo la raya final que indica el saldo. El infeliz de quien se trataba en esa cuenta ha muerto de repente, al bajar la escalera de su casa, de donde salió bueno y sano... Hay cuentas que parecen olvidadas bajo el abrumador monte de ellas: son las de los centenarios que mueren de viejísimos... Otras, apenas llegan, son despachadas: son las de los niños que fallecen antes de aprender á hablar... En este tribunal el que sólo ve lo exterior, sin penetrar la honda causa de eterna justicia que todo lo guía, halla muchos puntos de semejanza con las costumbres de la burocracia humana. Partidas hay entre éstas que el arcángel despacha, que parecen entregadas al sopor del hispano Tribunal de Cuentas: las hay también en que se advierte la rapidez con que se terminan las de los recaudadores de tributos... La faena de los ángeles no se interrumpe nunca. Ellos van llenando de tumbas la tierra... Hay temporadas en que están de servicio algunos ángeles muy laboriosos y matemáticos que en un dos por tres liquidan y dan término á centenares de cuentas. Entonces los hombres mueren como chinches. Son

los momentos en que se dice en la tierra que se ha desarrollado el cólera... En otras ocasiones el arcángel reparte cientos y cientos de cuentas á otros tantos ángeles, y ellos las concluyen en un segundo... Este es el caso de la guerra, que siembra de muertos la campiña; el caso de las inundaciones, que destruyen villas y aldeas; el caso de las catástrofes colectivas.

— En todo eso — pensó Andrés — veo la casualidad, el capricho. No veo la serena y admirable justicia.

— ¿Cómo has de verla? Si no tienes ojos para ver lo infinitamente pequeño y el microbio pasa ante tu retina sin impresionarla ¿pretendes ver, explicar y comprender lo infinitamente grande? Sabes que has nacido. Sabes que has de morir. Ciencia sobrada es la tuya. ¿Acaso la hormiga á quien plastas con la ferrada punta de tu bastón puede explicarse por qué das fin á su vida?

IV.

Andrés, sin volver á la realidad, siempre viajando por el país de los ensueños, vió á un hombre que sentado cerca de un hormiguero se divertía en aplastar con su bastón las hormigas que pasaban cerca... Luego fijóse atentamente en los detalles de aquella escena, y observó con espanto que lo que él creyó hormigas eran criaturas humanas, y que el hombre sentado junto al hormiguero era el ángel de la muerte que se aparecía grandiosamente terrible bajo la sombra de sus alas negras y enormes.

LA LEYENDA DEL MILLÓN

POR

MANUEL OSORIO Y BERNARD